

Frente Libertario

ORGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Madrid,
10 de enero
de 1937

Número 53

editado por el comité de defensa - región centro

Para lograr el triunfo del pueblo en armas, lo más necesario es conseguir la unidad de acción entre todos los antifascistas

En la guerra social

Hemos visto un cartel, editado en Madrid, en el que se dice que 1936 fué el año de las Milicias Populares y 1937 será el del Ejército Popular. De acuerdo. Quien intente ganarle la guerra al fascismo luchando con los mismos elementos que utilizamos en julio para asaltar sus reductos, para tomar sus cuarteles, da pruebas de desconocer la verdadera situación en que nos encontramos. El enemigo tiene un ejército cuyas fuerzas son superiores a las que tenía al iniciar la rebelión. Alemania e Italia le han proporcionado abundante material de guerra, técnicos militares y miriadas de soldados. Frente a las fuerzas fascistas sólo se puede operar actualmente con otro ejército numeroso, bien dotado de material, provisto de técnicos, con un Estado Mayor competente y cohesionado por medio de una disciplina sólida.

La necesidad que aquí apuntamos ha sido advertida por todos los combatientes antifascistas, que con el mismo apremio piden el Mando Unico. El entusiasmo de las primeras jornadas subsiste aún vivo y fuerte. Pero esto no basta para derrotar al enemigo. La diversidad de las operaciones de antes ha de ser superada por la unidad de plan y de acción. En los momentos actuales, las necesidades de la guerra anulan la independencia que pudiera tener cualquier columna, este o el otro destacamento militar.

Los combatientes han de sentirse hermanos en las trincheras, y deben considerar que sus acciones pertenecen al acervo glorioso del Ejército del pueblo. No puede hablarse de lo que hacen éstos o de lo que dejan de hacer los otros. Frente al enemigo, no puede haber diferencias ni distingos entre nosotros. La misma causa nos identifica y nos une, nos impulsa a la lucha y nos exige el máximo sacrificio. El personalismo y el espíritu partidista no caben en la situación actual. Cada miliciano, cada destacamento o grupo de combatientes revolucionarios, debe tener ese sentido socialista por medio del cual uno puede contribuir con su abnegación ignorada a la cognoscible victoria de todos.

Unidad, unidad y unidad. Esta es la consigna más acertada. El enemigo tiene que encontrar en los frentes, no las fuerzas de éste o del otro oficial, sino los cuadros inexpugnables del pueblo en armas, el Ejército de la Revolución. En el Ejército, que tiene un solo Estado Mayor, que mueve todas sus fuerzas por medio de una sola disciplina y según un plan único de operaciones, se plasma la unión de todos los combatientes antifascistas, y esa unión, sólo ella, podrá permitirnos alcanzar la victoria sobre el enemigo.

¿Es que no ha llegado aún el momento de lograrla? La situación no admite engaños de heroica literatura. El enemigo aprieta. Madrid está en peligro. Para desbaratar las difíciles circunstancias que nos rodean no bastan las frases, las consignas sonoras. Hay que convertir inmediatamente en realidades los buenos propósitos que nos animan y en los cuales coincidimos todos.

No rompamos la unidad entre la ciudad y el campo

La escasez de productos alimenticios en la ciudad ha producido cierto desasosiego entre la población urbana.

Los obreros industriales no han visto mejor solución que lanzarse al campo para conseguir todo lo que en la ciudad escasea. Esto ha producido una reacción, demasiado intensa quizá, entre los compañeros campesinos.

Todo esto hay que evitarlo. Si queremos consolidar todo lo hasta ahora hecho, es necesario que los trabajadores del agro y de la ciudad nos entendamos perfectamente, ayudándonos mutuamente para seguir nuestra común empresa adelante.

La Revolución—lo decimos por enésima vez—exige sacrificios. No sería digno de nosotros cargarlos todos a costa de nuestros hermanos

los campesinos. Hemos recorrido todos los campos y conocemos toda su bondad y sabemos también de su esfuerzo permanente en pro de la causa. Pero por esto precisamente estamos obligados moral y materialmente a no exigirles más de lo que dan.

Que se regularice el intercambio. Que se organice el apoyo recíproco. En la ciudad vamos bien vestidos, y quien más quien menos, tiene una radio. Esforcémonos y demos a los esclavos de la tierra todo lo que ellos necesitan, todo aquello de que ellos carecen y estamos seguros de que ellos sabrán corresponder a nuestro esfuerzo dándonos todo lo que nosotros precisamos, y más aún de lo que es necesario.

No rompamos con una actuación poco clara la unidad estrecha y solidaria de la ciudad y el campo.

El último mensaje enviado desde Madrid por L. Delaprée

Los fasciosos se han lanzado nuevamente esta noche sobre Madrid. Desde las diez de la noche a la una de la madrugada se ha escuchado un violento cañoneo. Toda la artillería gubernamental funcionaba al tiempo. Parece ser que los rebeldes tratan de llegar hasta la plataforma de Rosales. Pero hasta ahora no lo han conseguido.

Postdata para los señores Lazareff-Mille:

Ya sé que no han publicado ustedes nada más que la mitad de mis artículos.

Tienen ustedes perfecto derecho a hacerlo. Pero yo creía que me harían el favor de evitarme un trabajo inútil. Desde hace tres semanas me levanto todos los días a las cinco de la mañana para que tengan información para las primeras ediciones. Me han hecho trabajar para el cesto de los papeles. Se lo agradezco.

Tomaré el avión el domingo, a menos que no sufra la misma suerte que Guy de Traversay, cosa que no estaría mal, ¿verdad?, porque así tendrían ustedes "su" muerto.

Desde ahora no les enviaré nada. ¿Para qué? La matanza de cien niños españoles es menos interesante que un suspiro de Mrs. Simpson, coima real.—Luis Delaprée.

(Del manuscrito publicado por "L'Humanité" el 31 de diciembre de 1936.)

LIGERO COMENTARIO

«Paris Soir»...

Diario escrito por mamarrachos y leído por los que no saben más que eso: leer.

Tirada enorme. Medio millón de ejemplares... Forraje.

A los pocos días de la sublevación, «Paris Soir» se colocó del lado de los «nacionalistas». Y a grandes titulares registró por espado de algunos meses los triunfos del «glorioso general Franco».

Luis Delaprée, periodista honrado, enviaba desde Madrid informes de la guerra. Esos informes, por su imparcialidad, iban a parar al cesto de los papeles.

Era el pago a su decoro.

Cansado de esto, se dispuso a entrar en Francia, utilizando para ello el avión de la Embajada francesa. Un aparato enemigo ametralló en el aire al de la citada Embajada, muriendo horas después el honrado y consecuente periodista Luis Delaprée.

«Paris Soir» tiene ya «su» muerto. Sólo que este muerto representa la acusación perenne contra los falsarios que vierten sus majaderías en el gran rotativo parisiense.

«Paris Soir», estera de poderosos, tiene ya «su» muerto.

Ahora, que Franco, el militar que vendió a su patria, cierre el hecho nombrando caballero de honor a monsieur el director del gran rotativo «Paris Soir».

Sería un broche digno de la ejecución del mencionado diario.

MILICIANO: CUANDO NO USES EL FUSIL, TOMA EL PICO. CON EL FUSIL MATAS; PERO CON EL PICO EVITAS QUE TE MATEN A TI O UN COMPAÑERO

Biblioteca Nacional de España

En la Revolución

Pronto hará seis meses que se barrió a la gran burguesía en las regiones españolas de mayor poderío económico, allí donde los trabajadores tenían mayor capacidad revolucionaria, y hora es de que echemos una mirada panorámica para ver qué es lo que hemos hecho durante ese tiempo, en el que la guerra nos ha exigido muchos esfuerzos, nos ha consumido enormes energías, pero también ha sido un incentivo permanente de acción revolucionaria.

¿Quién de nosotros podrá sentirse verdaderamente satisfecho al examinar las medidas de transformación social que se han tomado hasta ahora? Nos encontramos con que, durante casi medio año, nuestra retaguardia se ha dedicado a recoger y remover las ruinas de la economía capitalista. Son numerosísimas las incautaciones, y apenas si ha empezado la socialización. Hay una infinidad de organismos que asumen funciones de dirección; pero las normas de unos son opuestas a las de otros, y haciendo y deshaciendo, con un continuo tejer y destejer, perdemos tiempo, energía y entusiasmo.

A un exceso de funciones direccionales corresponde un defecto de dirección eficiente. A un exceso de entusiasmos dispares, un defecto de plan de conjunto y de eficacia general. Puede aplicárenos el refrán castellano que dice: «Unos por otros, la casa sin barrer.» Y cuando la ausencia de organización no significa ausencia de capacidad creadora, tiene que suponer inexistencia de cohesión de esfuerzos. No cabe duda acerca de esto. Y hay que enmendar el defecto que señalamos.

Pero sepamos primeramente a qué es debido. Nos encontramos hoy, en cuanto concierne a la relación de todos los elementos antifascistas, casi en la misma situación que cuando estalló la rebelión de Franco. Cada cual tiene un particular interés doctrinario o un especial espíritu partidista, y al llegar a este cargo o al otro, nadie tiene un programa concreto que realizar, todo quisque quiere proceder como más convenga a su organización o a su partido, de donde resulta que las orientaciones de este organismo oficial son contrarias a las de aquel otro, y que lo que aquí se desarrolla como bueno allí se boicotea como perjudicial.

¿Hemos de pasarnos la vida así? De ningún modo. La unidad de acción y de criterio es tan necesaria en la retaguardia como en el frente, en la Revolución como en la guerra, y del mismo modo que deseamos la constitución del Ejército Popular, hemos de hacer todo lo posible para que el antifascismo español constituya un solo instrumento de transformación revolucionaria. Para constituir este instrumento, sin el cual no podremos realizar la gran tarea transformadora que nos demandan las necesidades nacionales y hacia la cual nos impulsa a todos nuestra ideología, hay que lograr la Alianza Obrera Revolucionaria entre la U. G. T. y la C. N. T., porque sólo esa Alianza nos proporcionará una base sólida para la construcción de la nueva España.

NO EMBRUTEZCAIS A LOS NIÑOS DÁNDOLES ARMAS. SÓLO LOS HOMBRES DEBEN EMPUÑAR LAS ARMAS PARA APLASTAR EL MONSTRUO QUE HA QUERIDO HUMILLARNOS.



¡ASÍ SE DEFIENDE MADRID!

Política internacional

El Gobierno español envía una nota enérgica al de Inglaterra. Ha llegado la hora de acabar con la farsa trágica

El desarrollo de los acontecimientos en el plano internacional tiene una elocuencia preclara, que ya ha situado las cosas en su lugar. Hasta el Gobierno de la República española, tan sumamente refinado cuando ha tenido que aborotar el tema, ha sentido ya, por fin, la necesidad de hablar claro y enérgico.

Y a tal fin, el ministro de Estado ha enviado una nota al Gobierno inglés contestando a una consulta de este último, que se refería al supuesto control de entradas y salidas de fuerzas y elementos de guerra en España, por sus fronteras y sus puertos. La nota es francamente concisa y concreta. Es tal vez la primera nota que se haya cursado entre los Gobiernos que contenga una precisión matemática tan completa.

Del contenido de la nota española destaca un hecho que venimos sosteniendo desde las columnas de FRENTE LIBERTARIO con machacona insistencia. Hemos dicho y dice ahora la nota gubernamental que la política inglesa es la que permite a los facciosos conseguir de Alemania e Italia el envío de «voluntarios» y de cuantos instrumentos de guerra necesitan. Y que automáticamente la política de Inglaterra y Francia, desde Londres, impide que nuestro Gobierno, el único que tiene derecho jurídico y legal de procurarse armamento y municiones desde el extranjero, pueda armarse y se ve con las puertas cerradas para este objeto, por obra y gracia de esa política de complicidad que viene desarrollando Inglaterra en el asunto de España.

Para no hacer justicia, más hubiera valido que Inglaterra se hubiera metido en sus límites, en su propio Imperio. Para nada hacía falta la «colaboración» inglesa.

La nota de nuestro Gobierno ha colocado las cosas en su debido lugar, desmascarando la vergonzosa complicidad inglesa. De rechazo queda descubierta la duplicidad de Francia, autora del famoso pacto de «neutralidad», iniciado por esa política de contención contra la guerra antifascista del pueblo español.

Hora es ya de que se pase de las palabras a los hechos. Y de que en vez de conversaciones diplomáticas de resultados dilatorios, nuestro Gobierno emprenda una cruzada de propaganda revolucionaria por el mundo entero. Con ello sólo buenos frutos se pueden recoger. De ningún modo los intereses del proletariado pueden quedar lesionados. Porque lesionados, más de lo que están ahora, mientras la lucha se prosiga con un enemigo cosmopolita enfrente, ya no lo estarán. La integridad nacional de nuestros territorios tampoco estará más amenazada ya de lo que está. El peligro del desquiciamiento nacional lo tenemos encima si contra el fascismo extranjero no se opone una resistencia digna en todos los frentes de acción del universo. Porque ya contra nosotros no sólo están Alemania e Italia. También Inglaterra y Francia pueden considerarse enemigos nuestros; enemigos sus Gobiernos y sus clases plutocráticas. Pero en los pueblos productores de Inglaterra y de Francia no podemos tener enemigos. Sólo amigos fervorosos existen allí donde hay minas, rocas, campos y fábricas. La cruzada del Gobierno español debe dirigirse a los oídos y a las conciencias proletarias. Porque son las únicas que saben sentir el dolor de nuestros compañeros caídos en la lucha antifascista.

Los plutócratas ingleses y los franceses son aquellos que ven cómo se asesinan a los indígenas abisinos con la mayor indiferencia. Son los que en su nombre se acribillaron a balazos y en torturas a los humildes obreros indochinos, los que en su conciencia tienen las matanzas del proletariado de Bombay, sin que por ello dejen de hacer la digestión de sus opíparas comidas en el festín de carne humana.

El refinamiento de nuestro Gobierno ha llegado a sus límites. La actuación de nuestro Gobierno debe ser, a partir del envío de la última nota al Gobierno inglés, una actuación práctica y que produzca convulsiones sociales en todas partes, donde haya trabajadores organizados y de un espíritu revolucionario.

Las milicias confederales dignas de la Revolución no se las puede torpedear por ningún señorito de retaguardia

Con el afán de acabar con esa corriente insensata que algunos han creado contra las milicias confederales, salimos al paso de estos privilegiados de todas las situaciones, para demostrarles que donde están las milicias confederales, la Revolución antifascista tiene garantizado un puesto de defensa.

No somos partidarios de egolatrías. Ni tampoco de idolatrías. Los combatientes de la C. N. T. y de la F. A. I. saben luchar en silencio, sin estridencias ni teatralidades. Un día y otro día, nuestras milicias baten al enemigo, ya sea en Andalucía, donde los avances recientes se deben a nuestras columnas andaluzas; ya sea en Aragón, donde la pericia y el espíritu combativo de nuestras milicias parte en Barcelona para llegar hasta las cercanías de Huesca y Jaca; ya sea en el frente de Teruel, también de Aragón, donde las milicias confederales, utilizadas como fuerzas de choque, avanzan y cercan la capital; ya sea en la propia Casa de Campo, donde las milicias confederales destruyen cuantas avalanchas enemigas les son lanzadas por el fascismo; ya sea en el frente de Guadalajara, donde nuestras milicias contribuyen como las que más a los poderosos empujes que hacen retroceder constantemente al enemigo; ya sea en la propia Asturias, Santander y Vizcaya, donde nuestras milicias son el puntal más poderoso de las fuerzas antifascistas.

En todas partes, las milicias confederales, compuestas por hombres aguerridos, curtidos en las peleas cotidianas que han venido sosteniendo sus componentes contra todos los sistemas de re-

presión que el sistema capitalista nos venía otorgando a través de sus múltiples años de dominación, la lucha se lleva al compás de nuestras fuerzas. La dignidad que emplean nuestros milicianos en el papel que juegan en este movimiento revolucionario es verdaderamente digno del fin que se persigue. Ningún lamento femenino ha brotado de los pechos varoniles de sus milicianos. Sólo gritos de odio y de venganza salen de las gargantas varoniles de los milicianos confederales.

Y mientras los milicianos de la Confederación Nacional del Trabajo y de la F. A. I. actúan con brillantez, no faltan gentes, y en abundancia, que se dedican a desacreditarlas, buscando la ignorancia de la gente para hacerse fuertes en sus devaneos. La Prensa de izquierdas, como respondiendo a una consigna funesta que no sabemos de dónde ha podido partir, silencia todas las actuaciones de las columnas confederales, mientras se dedica a edificar ídolos de fango en los nombres de ciertos jefes de batallones de otras milicias que no son confederales. Es que todavía están tomando al pueblo español como a un pueblo de idiotas o de atrasados mentales. Ignoran que el pueblo echará por tierra todos los ídolos, porque los ídolos, por el solo hecho de serlo o de quererlo ser, son nocivos a la verdadera causa que persigue el pueblo, que es acabar para siempre con las castas y los privilegios, por pequeños que éstos sean.

No hablamos sin motivos. Nos consta que en la calle, en el «Metro», en el tranvía y por cualquier sitio, los nuevos

señoritos, milicianos de retaguardia, que ni para eso sirven, son los que con preferencia se dedican a desprestigiar a nuestras milicias. Del mismo modo que se persigue al que lanza bulos perniciosos contra el movimiento antifascista hay que perseguir al elemento indeseable que, escudado en un mono de miliciano, con estrellas o sin ellas (pues no son pocos los estrellados de nuevo cuño que se dedican a esta baja labor), se le sorprenda haciendo juicios parciales e intencionados de mala fe contra nuestras milicias.

MILICIANOS CONFEDERALES: En vuestras manos está la dignidad de la Confederación. El miliciano modelo debe ser el miliciano confederal.

Del 9 largo

¡Qué consolador es oír un reproche cariñoso de quien se empeña en querer aparecer como enemigo!

En la guerra no hay más que combatientes, pero en esta guerra además de combatientes estamos o debemos estar todos hermanados en la lucha y en el triunfo.

Nos resistimos a creer que haya un solo revolucionario que "sinceramente" piense en dividir a los defensores de la libertad.

Nosotros, que siempre y ahora hemos pecado y pecamos de ingenuos, tenemos el corazón henchido de odio para el fascismo y los brazos rídiculamente abiertos para todos los que luchan a nuestro lado.

¡Por eso somos anarquistas!

¡Comaradas, unifiquemos el mando!

Sin mala intención VARIAS PREGUNTAS INGENUAS

¿No es hora de que se acabe ya tanto alabar a tal o cual milicia, como si se tratara de un anuncio comercial?

¿Es que se estima necesario este estímulo para los combatientes que están jugando la vida sin importarle nada estos bombos?

¿Y si se sigue este camino tan equivocado, por qué no se cita alguna que otra vez a los confederados?

¿Es que los confederados no han cumplido con su deber en todas las ocasiones?

GRÁFICAS NACIONALES-Abascal, 4.-MADRID

Revolución Social

El instrumento de clase

En un manifiesto de la fracción izquierdista del partido socialista propugnando la fusión de los partidos, dice en uno de sus párrafos esta conveniencia: la fusión de los dos partidos marxistas para dotar a la Revolución del instrumento de clase, que en un mañana próximo pueda y deba encauzarla, si no queremos que los cuantiosísimos sacrificios que el heroico proletario español está realizando resulten a la postre estériles.

Siempre observamos en los dirigentes de la Unión General de Trabajadores su preocupación constante porque las organizaciones que a ellas pertenecen sigan dominadas por la acción política del partido socialista. Pudiéramos escribir bastante referente a este asunto, y señalar hechos poco dignos realizados en algunos momentos por ciertos Comités de algunas organizaciones obreras de Madrid; pero nuestro propósito es comentar el párrafo que transcribimos, exponiendo a los trabajadores y a los combatientes en general lo que representa el instrumento de clase en la Revolución que el proletariado español está realizando.

El instrumento de clase tendrá su ejercicio por medio del Estado, que irá nacionalizando las industrias, colectivizando la tierra, dependiendo del Estado, nacionalizando el transporte, estableciendo las normas de la educación, llegando a dominar fundamentalmente todos los aspectos de la vida. Estas actividades estarán regidas por Consejos superiores de carácter nacional, o cosa semejante, compuestos por técnicos, obreros y representantes del Estado, que someterán sus estudios al Gobierno y que no podrá resolver nada sin su visto bueno.

Se organizarán los cuerpos de violencia, el ejército rojo o popular, con toda la disciplina y graduación de rigor, para afianzar las conquistas revolucionarias de la nacionalización, y al que piense y exprese un pensamiento más avanzado, más en consonancia con el momento histórico que vivimos, se le tildará de contrarrevolucionario y sobre él caerá el peso de la ley, o, lo que es peor, el odio de los que están encargados de hacerla cumplir.

Se repetirá el incumplimiento de los decretos que se vieron forzados a insertar en la «Gaceta» por presión popular, seguirá el que disponga del Poder vulnerando la ley sin responsabilidad alguna, o dando disposiciones para hacer desaparecer el cuerpo del delito; seguirá favoreciendo a familiares y amigos, aunque se cubran las apariencias de los oportunos expedientes; se seguirá haciendo uso particular del uso oficial; seguirá en fin la misma injusticia esencial, aunque algo más benigna, porque lo que antes usurpaba el capitalismo con este instrumento de clase, lo usurpará todo el Estado.

Si esto tiene la aquiescencia del pueblo, se llamará democracia; si en algún momento no la tuviera, será dictadura; pero dictadura de un partido, no dictadura del proletariado, aunque en nombre de él se le imponga. La verdadera dictadura del proletariado para terminar con la burguesía como clase, ha de ejercerse por medio de las Organizaciones productoras, sustituyendo los órganos del Estado, que en todos sus aspectos siempre es la expresión de los privilegios de una minoría; por la dirección y administración directa de la riqueza del país por estas Organizaciones sindicales.

La dictadura del proletariado consiste en que todos los productores discutan y resuelvan en las asambleas de fábrica, en las del Sindicato, Municipio, según los casos, todo lo concerniente a una industria, en vez de elegir representantes con facultad de determinar lo que ha de hacerse en sus diferentes aspectos. La dictadura del proletariado, si así la queremos llamar, consiste en que no haya otro poder superior a la Asamblea de productores para determinar ningún problema. Todos los organismos han de estar supeditados a sus acuerdos y decisiones.

Si los trabajadores, en vez de ejercitar este derecho, se lo confían a personas más o menos sabias, con mejor o peor intención, no espere que la justicia y la igualdad, por lo que nos figuramos que todos combatimos al fascismo, llegue a ser realidad en este período. Todas las Revoluciones prometieron grandes horizontes de libertad, y todas, además del desarrollo económico que las hacen posibles, fueron desviadas por otorgar el pueblo a unos pocos la facultad de gobernarle, facultad que en el transcurso del tiempo se convirtió en imposición de todo lo contrario de lo que era su voluntad.

El fascismo provocó la guerra; deber del proletariado es aprovechar este momento para, con su exterminio, hacer desaparecer las causas autoritarias que son las que le dan origen y desarrollo; deber del proletariado de establecer la igualdad y la justicia, siendo todos ellos intérpretes de su definición y participantes de su funcionamiento por medio de sus Organizaciones de clase, sin conceder a nadie la facultad de dirigir ni disponer sus destinos. Esta es la gran conquista que demanda el momento histórico que vivimos para que la humanidad inicie el fin de la violencia entre los hombres y sus diferencias las solvente con la discusión razonada.

¡NI UN PASO ATRAS!

Al miliciano, al que ocupa las trincheras y los parapetos de vanguardia no se le puede engañar con frases bonitas, y por eso, compañeros defensores de Madrid, nos dirigimos a vosotros, no con el intento, que jamás tuvimos, de ocultaros la realidad, sino para haceros meditar acerca de ella.

El enemigo ha conseguido, en estos últimos días, realizar avances, a los que es necesario poner término inmediatamente. Ni un solo palmo de terreno podemos cederle ya sin regarlo antes con nuestra propia sangre. La suerte de la Revolución se decide en Madrid, donde también está la línea de fuego en que la dignidad humana se enfrenta con la barbarie del fascismo internacional. Estamos luchando, no por la permanencia de unas palabras bonitas en el diccionario, no por unas frases rimbombantes y emotivas, sino por la conquista de los talleres, de las fábricas, de las minas, de todos los medios de producción y de distribución, de la cultura y del pan; por nuestras mujeres y por nuestros hijos, por nosotros mismos, por los millones de camaradas que al otro lado de las filas enemigas esperan redención, por la independencia de nuestro suelo, por las posibilidades de crear un régimen social más humano que el que hemos venido padeciendo hasta ahora. Del sacrificio de cada uno de nosotros depende el triunfo de todos. Y, por el contrario, de la cobardía o del egoísmo de todos dependería el fracaso y la muerte de cada uno.

Hay que luchar con el mayor coraje, con la más acendrada abnegación, llenos de la grandiosa moral del sacrificio. Es la hora de darlo todo, hasta la vida, por el triunfo de la Revolución. Los camaradas que cayeron en la lucha contra el fascismo nos piden venganza y nos alieccionan con su ejemplo. La memoria de un Durruti o de un Ascaso, de un Hans Beimler o de un Guido Picelli, de un Fernando de Rosa o de una Lina Odena, deben impulsarnos al más heroico cumplimiento del deber, terrible y grandioso al mismo tiempo, que la Historia nos ha asignado.

¡Ni un paso atrás, compañeros! ¡Muera el fascismo! ¡Adelante, por la Revolución social!

Pedimos reiteradamente la unificación del Mando